



AVESPO

ASOCIACION VENEZOLANA DE PSICOLOGIA SOCIAL



Democracia, espacio público y vida cotidiana ¿La cuestión de lo político o la política en cuestión?

MIREYA LOZADA Coordinadora

RAIZA LOPEZ

NADYA RAMDJAN

ISABEL RODRIGUEZ MORA

CARLOS SILVA

FERENCZ WOLF

Fascículo

7

Caracas, 1996

DEMOCRACIA NEOLIBERAL: CRISIS, FRAGMENTACION Y CAOS

Mireya Lozada

La política es de nuevo sospechosa. La atenuación de los antagonismos ideológicos, la desaparición de los dos bloques doctrinarios, de la polarización, de la herencia derecha-izquierda, anuncia la reseña del fin: de las pasiones políticas, de la historia, de las utopías.

Si el derrumbe de los regímenes del "socialismo real" ha reactualizado la vieja tesis sobre la muerte de las ideologías, es clara la poca pertinencia de esta noción. Vivimos justamente un momento histórico privilegiado en cuanto a la ideología, en cuanto a la política. El escenario es mucho más complejo. Pues si ciertas ideologías se decretan en desuso: un cierto tipo de discurso revolucionario; o a la búsqueda de un nuevo empuje: el reformismo social-demócrata; otras resurgen con fuerza en nuevas formas de expresión, basadas en el triunfo de los valores liberales: el mercado, el culto al individualismo.

El nuevo credo defiende su modelo "ideal" de democracia liberal, espacio político donde derecha e izquierda buscan, no sin mal, discernir aquello que funda sus oposiciones, sus identidades complementarias o antagónicas.

La democracia se presenta así en nuestra cultura como un "sistema de creencia", forma irrevocable, irresistible, opción sin alternativa aparente, fundada ya no sobre una voluntad de razón, sino sobre una voluntad de creer (Moscovici, 1993). Incluso desde la crítica, ella constituye una fuerza de consenso, en torno

a la cual se agrupan opiniones y discusiones acerca del Estado, la sociedad civil, lo público, lo privado, en suma, lo político.

Sin embargo, la democracia es algo más que el sujeto "libre" y en ejercicio de sus derechos propugnado por el liberalismo. Esta es, si se quiere una de las paradojas de la democracia participativa, que invita a "ciudadanos libres e iguales considerados como un cuerpo colectivo" (Rawls, 1993), a ejercer sus derechos, a ganar espacios, a construir la experiencia democrática, en un contexto de profundas desigualdades económicas y sociales. Valores como la libertad y la igualdad, principios de la cultura política liberal, encuentran así su justificación ética en la declaración universal de los derechos humanos (Caponi, 1995).

Este ideal democrático liberal confronta en varios países de América Latina y en particular en Venezuela, problemas de legitimidad, de gobernabilidad (Gómez, 1992). Las organizaciones que tienen por vocación dar un sentido a la vida política -los partidos- están en crisis. Crisis de representatividad, de militancia (Lozada, 1993). Esta crisis de la clase política y de su sistema representativo ha desembocado en una crisis de la democracia. La desconfianza hacia la política toma forma de desconfianza hacia la democracia. Crisis a la cual no escapan los ciudadanos, quienes permanecen refugiados al margen, en la periferia o en movimientos particulares, acusando también el fin del entusiasmo, el repliegue de la acción política en la vida local.

El carácter desmovilizador de esta crisis y el problema de la representatividad y legitimidad política ha alcanzado en nuestro país, un grado que no había conocido en el pasado. El record de abstenciones en las elecciones regionales y municipales de diciembre 95 (70% según cálculos optimistas) es un ejemplo de ello.

Como vemos, las causas de estas crisis son plurales y complementarias y van de lo político a lo cultural, pasando por lo social y económico. Nos interesa abordar acá la incidencia que ejerce la "oferta" del modelo neo-liberal sobre el tejido social, las formas de atomización y desintegración social que ella genera y sus consecuencias en el proceso democrático, cuya defensa aboga.¹

Hacia la democratización...

Hablar de democracia en América Latina, como apunta Martín (1990) siempre denota un grado de incertidumbre. Se trata de una suerte de "democracias de supervivencia". Democracias que vienen de establecerse, luego de dictaduras militares, o regímenes cuya "estabilidad democrática" está en continuo riesgo y bajo amenazas de autoritarismo, dado el creciente descontento social de importantes sectores de su población enfrentados a precarias condiciones socio-económicas.

La democratización en América Latina, no ha implicado la reconciliación esperada, afirma Pecault (1989). El contexto de crisis económica y social en la que ella se desarrolla pone en evidencia sus límites, sus desigualdades y rupturas. La democracia enfrenta las presiones de las capas sociales abandonadas a su suerte, expuestas a la ausencia de su representatividad, debilitados sus movimientos de base, cercada por fenómenos de desorganización social.

1. No discutiremos aquí como las tesis del liberalismo clásico recobran nuevo vigor dentro del movimiento neo-liberal, ni tampoco las razones del "éxito" del neoliberalismo. Entendiendo la democracia neoliberal como una sociedad regulada por la lógica del mercado y los principios políticos liberales, se cuestionan los argumentos que esta esgrime en favor de la profundización de la democracia, de los derechos humanos y del bienestar socio-económico de la población.

En Venezuela, a casi cuarenta años de "alcanzar" la democracia seguimos hablando de reinventar la democracia, de democratizar la democracia, especie de tránsito hacia lo que sería una verdadera democracia que parece estar en un futuro, siempre incierto pues en el presente son pocos los hechos que le dan consistencia. La democracia "ideal" que durante mucho tiempo constituyó un principio político portador de promesas de reconciliación de la sociedad consigo misma y con sus instituciones, es actualmente objeto de la desconfianza de los implicados.

El sueño de una democracia como prolongación de la movilización social desaparece rápidamente. El cambio se efectúa finalmente desde arriba. Se trata de imponer desde el Estado el orden que le falta a la sociedad, cuestionándose su capacidad de regulación y organización. El regreso de Caldera se debe mucho a la intención de dar respuesta a las voces que invocan la justicia, el orden, el regreso a los valores, que alertan contra la amenaza de caos.

Nuestra democracia permanece así atrapada en medio de compromisos e incertidumbres y resignada a sancionar la distancia infranqueable entre la esfera de lo social y la esfera de lo político. El ideal democrático intenta sobrevivir en un régimen inestable y fragmentado, cultural, social y económicamente. Pretende crear una imagen compatible con la distancia evidente y cada vez más profunda entre el Estado y los ciudadanos, entre representantes y representados.

Este cuestionamiento a la democracia y la alerta ante su crisis destaca el problema de las relaciones entre el régimen político y la sociedad y pone de manifiesto la heterogeneidad y la fragmentación de los diferentes sectores sociales. "La crisis, remarca Balandier, (1988, p.170) no sólo es percibida a partir de la disfunción, es también reconocida en

cuanto prueba que afecta la capacidad del sistema y de los actores para definirse y para organizarse”.

La fragmentación

La prédica de la democracia se ve desmentida en el marco de abandono y deterioro en que el excluyente estado neoliberal ha sumido a la población, en su compromiso con el FMI de combatir la inflación, reconvertir la industria, pagar la deuda, hacernos competitivos en mercados excluyentes y hacer crecer el PIB. Se ve desmentida en factores como la distribución desigual de la riqueza, pero también y en consecuencia en la fragmentación de los núcleos de relación básicos, en la rotura de cualquier posibilidad de vínculo social basado en la solidaridad, en la identificación con los Otros, en la ausencia de fraternidad e identidad colectiva.

Entre la violencia, el retraimiento anómico, la apatía y la tendencia a ahondar las desigualdades entre el mundo de la exclusión, una clase media en decadencia y una minoría privilegiada, no es sorprendente tal como lo señala Zerdeño (1989), que el regreso del monstruo paternalista-autoritario comience a rebelarse como una solución de continuidad y cohesión nacional,

No son los movimientos y luchas sociales, no son los órdenes comunitarios o asociativos y tampoco parece ser el sistema político en sus manifestaciones partidistas, parlamentarias, frentistas o sindicales, las esferas de expresión socio-política privilegiadas por esta crisis de “progreso”, sino más bien los grandes perdedores. El aislamiento de los individuos y la segmentación de la sociedad en grupos primarios permite al Estado centralizar las relaciones sociales y decisiones colectivas. En efecto, “una sociedad atomizada, carente de grupos secundarios, de asociaciones intermedias o cor-

poraciones, en los hechos delega su unidad a la institución estatal. En estas condiciones el estado es libre para manipular a la población sin que nada amenace su independencia, ganando mayor autonomía al profundizar la automatización de la sociedad” (Tironi, 1987, p.15)

La desorganización del tejido social asume aspectos graves. Los conflictos sociales explícitos no son más que la cara visible de las tensiones, mientras que tensiones conflictivas mucho más complejas circulan a través de la sociedad y conducen a una violencia difusa. En algunos casos esta violencia se expresa en el desbordamiento espontáneo y masivo del orden (27 de febrero, p.e), a través de acciones como motines contra alzas de transporte, asaltos en los supermercados, revueltas sociales. Pero también se expresa en formas más indefinibles de delincuencia común, en estrategias de grupos organizados ligados a los juegos de azar o droga que se hacen cargo del orden de los barrios (ya se hablan de millones de azotes- el estigma se expande), en linchamientos colectivos, forma de “justicia y defensa” de algunos sectores populares. A esto se agrega la violencia de los distintos organismos policiales y el descrédito de los organismos administradores de justicia. Legalidad e ilegalidad se entremezclan y se complementan.

Debido al recorte brusco de los aparatos y presupuestos asistenciales orientados al bienestar social el Estado abre en su retirada, enormes espacios que estarían siendo llenados por nuevas socialidades, nuevas respuestas sociales para afrontar la crisis, que dejan al desnudo el poder, la centralidad y autoritarismo del estado. Así, abonada la proliferación de la pobreza se estaría gestando una adversión gobierno-pueblo lo que explicaría la pérdida de legitimidad de todo el sistema político. Pero, advierte Zerdeño (1989), se estaría produciendo una pro-

liferación de los excluidos, sin el surgimiento de un sujeto popular, pues la proliferación irrefrenable de la pobreza en todos los puntos de la ciudad, no va necesariamente a repercutir en formas de identidad y organización de los excluidos. El ascenso de lo popular o la mayor visibilidad de lo popular no asegura para nada la conformación de un sujeto popular.

Así la situación de emergencia de lo popular no tiene un correlato organizativo, sino una debilidad en la integración de sus ordenes intermedios, un frágil sentimiento de pertenencia al grupo, una situación de cada quien para sí y todos contra todos. En este marco se vuelve difícil construir o conservar lazos comunitarios y asociativos en el medio barrial, en las asociaciones, en las coordinadoras sindicales o urbano-populares, en las comunidades eclesiales de base o en los órganos de defensa de los derechos humanos.

Esta desarticulación de los referentes organizacionales, esta desintegración del tejido social va a manifestarse en todas sus esferas. Tomemos solamente algunos casos ilustrativos:

La familia

Uno de los referentes organizacionales más afectados es la familia y una de las situaciones más graves es la de los jóvenes. Bajo los efectos de una crisis económica profunda y generalizada, la familia ve limitados sus recursos, afectándose los miembros más vulnerables. Los niños, los jóvenes, excluidos del medio familiar y escolar, buscan entonces valerse por sí mismos fuera de esos núcleos. De esta forma, estos sectores cada vez más deprimidos económicamente y sujetos a una severa exclusión cultural y política desarrollan formas de sociabilidad alternativa, con un lenguaje y vestimenta diferente, con manifestaciones espe-

cíficas de defensa contra la brutalidad policial.

Pero en estas condiciones de precariedad extremas no necesariamente se fortalecen vínculos de compromiso colectivo, de rechazo a la visión individualista-heroica. Existe más bien una ridiculización del sufrimiento, un tipo de principios valorativos que pueden llegar al extremo de elevar al rango de admirable y respetable el aniquilamiento del otro, la violencia, la crueldad prepotente del asaltante, el machismo, la violación, el culto al heroísmo pero de manera paradójicamente despectiva, la indiferencia ante el dolor.

Así, en lugar de la creación de un espacio comunitario (barrio, asociaciones, etc), estos jóvenes tienden hacia el pequeño grupo, a conformar pandillas o bandas y en caso extremo al retraimiento en el individuo mismo, una especie de atomización defensiva sin tradición, ni proyecto. Sin esperanza en el futuro porque la crisis económica prolifera, sin un respaldo de la comunidad, la juventud tiende a una situación de inorganicidad que la conduce al refugio individual, a la crisis personal, al consumo de drogas y todo tipo de productos tóxicos. Tampoco se observa una relación con el adversario en términos de grupos en lucha por apropiarse de la orientación del todo social. Se observan situaciones de gran confrontación: barrios de difícil acceso, simbiosis, confrontación y tregua entre bandas y policías. No se trata de un continuum que permita una identidad, pero no se genera una confrontación con un agente represivo externo, lo que existe es exclusión, resentimiento, negación, rechazo, rabia, descontento.

La comunidad

En ella observamos fenómenos de discontinuidad vía la cooptación de sus liderazgos y la atomización de sus base

sociales y sus organizaciones intermedias. Se destacan los inmensos problemas confrontados por las coordinadoras y organizaciones comunitarias.

El Estado pareciera dar primacía a valores comunitarios, lo cual le permite satisfacer simultáneamente las demandas del igualitarismo y las necesidades de segregación. Este sentimiento de piedad ante el desamparo y la pobreza es una manera de evitar que estas adquieran una forma política. Pero esta fórmula: "responder a las necesidades de los sectores más necesitados", ya no es tan eficiente, pues el recurso al populismo no es tan espléndido como en épocas pasadas. Sin embargo, ello no significa el fin del Estado populista, ni el fin de la relación populista con el estado.

Por otra parte, la disminución del gasto público para beneficio social ha tenido especial cuidado de no llevar a las poblaciones marginales hasta la conformación de cooperativas de consumo que contribuirían a estrechar lazos comunitarios. Se opta entonces por inversiones públicas dirigidas a contribuir con los mínimos nutricionales (vaso de leche, bono subsidio, beca escolar, cesta básica, centros populares de abastecimiento).

Ya no son las instancias institucionalizadas de concertación social típicas del sistema político, los canales de mediación, a través de los cuales son atendidas las demandas de amplios sectores de la población. Se crean aparatos puntuales de gobierno dedicados a negociar en situaciones de urgencia social con las organizaciones que allí se generan. Así las organizaciones populares corren el riesgo de embuirse en la concertación y distraer la atención en la construcción de un proyecto alternativo. Es de destacar el interés de la burocracia estatal por incrementar ciertos conflictos y demandas que le permiten una mayor influencia en espacios políticos más amplios. La democracia aparece así, como una rea-

lidad técnicamente diseñada por los conductores de las esferas gubernamentales y los movimientos de masas restan como utopías de autorealización en la lucha por la toma del poder (Cisneros, 1990).

En nuestra sociedad, donde conflictos y liderazgos se generan constantemente debido a la situación de atomización y particularmente debido a la ausencia de identidades y organizaciones intermedias -ya sea en el sistema político, en el de los movimientos sociales o en el comunitario o asociativo en general- el mecanismo privilegiado de estabilidad y orden consiste en la destrucción, de esas posibilidades alternativas, dividiendo, encarcelando los sistemas locales de autoridad y la centralización consecuente en una burocracia altamente jerarquizada y disciplinada en torno a un jefe indiscutido. Ante el estancamiento económico y la ausencia de movilización global prevalecen las formas de integración anómica, el retraimiento del individuo o el pequeño grupo, situación tan fácil y acriticamente integrable a cualquier causa gracias a su fascinación por el liderazgo.

El trabajo

Se multiplican las huelgas y presiones de diferentes sectores que reclaman protección económica y el respeto a las reivindicaciones alcanzadas. Se observa también la pulverización del empleo, el cierre de empresas. Los despidos, la atomización de los empleos, la valorización de la competencia, dificulta la solidaridad con los compañeros de trabajo, se nota la ausencia de experiencias asociativas, desaparece la noción de trabajo y horario compartido. Además se presenta una marcada separación excluidos-incluidos. La división empleados y desocupados es insuficiente: hay gente con trabajo, subempleados, desempleados y excluidos. Los sectores marginales tie-

nen una actividad de subsistencia por cuenta propia de muy desigual rendimiento a aquella del resto de la población.

La iglesia

La iglesia reaparece, su poder político es indiscutible. Es significativo el espacio conferido en estos últimos años a la Iglesia Católica. La restitución de la educación religiosa en las escuelas públicas, la opinión política autorizada de sus voceros ya no sólo en lo atinente a asuntos religiosos, son ejemplo de ello. El Estado propicia la búsqueda de organicidad, del orden, la atenuación de los conflictos por la vía del dogma, ya que no es posible un consenso construido mediante el dialogo, que dé cuenta de la convivencia, sobre la base de objetivos comunes y de la aplicación de políticas de justicia social.

La iglesia reaparece además, a través de la defensa de innumerables derechos dirigidos a reconocer la especificidad de cada minoría y de cada segmento social. El derecho permite atribuir a cada grupo una identidad, cuando en ocasiones solo se trata de agregados inorgánicos de individualidades. La defensa de estos derechos específicos expresan la decisión de tomar partido por lo social, pero también de admitir la imposibilidad de eliminar la distancia entre lo social y lo político.

Es importante subrayar además, el fenómeno de las comunidades eclesiales de base y otras formas religiosas de asociación, que se han constituido para combatir el desarraigo a través de la recuperación del grupo primario, en torno a una red de relaciones afectivas y valores compartidos (ayuda mutua, cooperación, escolaridad, derechos humanos). Pero también la proliferación de una auténtica industria de los milagros, de los golpes de suerte, de consejos y recetas mágicas destinadas a prevenir el mal e

invocar el bien. Pululan las sectas, los brujos, los astrólogos, las loterías. La feria es gigantesca y escapa al control de las instituciones establecidas.

¿Crisis, caos, desorden?

Nuevamente, el viejo problema del (des) orden social. Pero no se trata para nosotros de la sociedad bien ordenada de Rawls, del llamado a los imperativos morales para ordenar la sociedad, preocupación neoliberal, ni de la adecuación estatal a las formas disgregadas de lo social, en busca de criterios de gobernabilidad, allí donde el Estado como razón instrumental se corrobora.

Entonces, ¿cómo abordar un tema tan urgente y expandido en América Latina e incluso en las estables democracias industriales de Occidente, como es el de la desintegración y desorganización social? ¿cómo hablar de las diversas modalidades de inestabilidad, de desorden, de caos y su articulación con el modelo económico hegemónico y diferenciarlo del "nuevo orden social", preocupación del pensamiento social clásico (Weber, Parsons, Durkheim)? ¿cómo establecer su articulación o su distinción con la propuesta del "minimalismo ético", de la expresión individualista característica de nuestra moral pública, que marca los límites de la democracia (Camps, 1993)?

Las interrogantes se multiplican y las respuestas abarcan desde las aproximaciones de las teorías sobre la sociedad de masas, del comportamiento político que derivan de la atomización, hasta las explicaciones desde la lógica interna defendidas por la Teoría del Caos que encuentran eco en las ciencias sociales, (Barton, 1994, Munné, 1995), quienes defienden la fecundidad del desorden, el carácter inevitable de la lucha, del conflicto y el valor positivo de su existencia (Balandier, 1989).

la grave crisis económica, queda abierta la interrogante sobre la naturaleza de nuestra democracia: ¿ella es la organización de las "libertades" individuales o la construcción de una historia colectiva?

REFERENCIAS

- BALANDIER, G. (1989) El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales, Gedisa, Barcelona.
- BARTON, S. (1994) Chaos, self-organization, and psychology. *American Psychologist*, 49, 1, 5-14.
- CAMPS, V. (1993) Paradojas del individualismo, Barcelona, Crítica.
- CAPONI, O. (1995) Liberalismo y Derechos Humanos, mimeo, Sartenejas, Universidad Simón Bolívar.
- CISNEROS, C. (1990) Psicosociología de la democracia y transición política. *Polis* 90. Anuario de sociología, 29-45.
- DaMATTA, R. (1989) A propósito de microescenas y microdramas: notas sobre el problema del espacio y del poder en Brasil, Nueva Sociedad, La tentación del Estado. Demandas y experiencias, 111-126.
- FALS BORDA, O. (1989) El nuevo despertar de los movimientos sociales. *Nuestra América Latina*, Homines, Tomo 6, 213-225.
- GARAUDY, R. (1979) Appel aux vivants, París, Editions du Seuil.
- GOMEZ, L. (1992) Venezuela: Crise de la légitimité démocratique. *Problèmes d'Amérique Latine*, 6, 3-42.
- GONZALEZ CASANOVA, P. (1989) La crisis del Estado y la lucha por la democracia en América Latina. Nueva Sociedad, La tentación del Estado. Demandas y experiencias, 104, 95-104.
- JELIN, E. (1985) Los nuevos movimientos sociales, V.1, CEAL, Buenos Aires, 18-25.
- LOZADA, M. (1993) Adhésion partisane et représentation des idéologies. Une approche du champ politique vénézuélien. Thèse de doctorat nouveau régime, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, France.
- MARTIN, V. (1990) Poder y participación: los protagonistas de la democracia en América Latina, En Alvarez y otros. Democracia y violencia política. Ensayos sobre el ejercicio del poder en América Latina. Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela, pp 43-55.
- MOSCOVICI, S. (1993) La démocratie et rien d'autre. En: Faut-il avoir peur de la démocratie? La Genre humain, automne 1992/ hiver 1993, París, Edit Seuil, 30-47.
- MUNNE, F. (1995) Complejidad y caos: más allá de una ideología del orden y el desorden. En Montero, M. (Coord.) Conocimiento, realidad e ideología, Fascículo 6, Caracas, Asociación Venezolana de Psicología Social, 10-18.
- O'DONNELL, G. (1989) Privatización de lo público en Brasil: microescenas. Nueva Sociedad, La tentación del Estado. Demandas y experiencias, 104, 105-117.
- PECAUT, D. (1989) La cuestión de la democracia. *Revista Mexicana de Sociología*, 3, año L, 3, 135-147.
- RAWLS, J. (1993) Political Liberalism. Nueva York, Columbia University Press.